

ENTRE EL ALCALDE Y EL REY,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

LETRA DE

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE,

MÚSICA DEL MAESTRO

DON EMILIO ARRIETA.

Representada por primera vez con extraordinario éxito en el Teatro de
la ZARZUELA el día 23 de Diciembre de 1875.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRÁS

N.º de la procedencia

993

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, — CALVARIO, 18.

4875.

PERSONAJES.

ACTORES.

NARCISA.....	DOÑA ENRIQUETA TODA.
MENGA.....	DOÑA ANTONIA GARCÍA.
ALFONSO SANCHEZ, alcalde.....	D. MAXIMINO FERNANDEZ.
FELIPE CUARTO.....	D. JULIAN JIMENO.
BASTIAN.....	D. MIGUEL TORMO.
CONDE-DUQUE DE OLIVARES..	D. JOAQUIN PEREZ PLÓ.
JUAN DE SIGÜENZA, montero...	D. RAFAEL ARCOS.
BRITO, villano viejo.....	D. JULIAN GONZALEZ.
ALEANO 1.º.....	D. J. BELTRAMI.
ALDEANA 1.ª.....	DOÑA CONCEPCION BARREDO.
Coros de aldeanas, señores y monteros.	

Siglo XVII.—Cercanías de Segovia en la Sierra de
Guadarrama.

NOTA. Para el mejor desempeño de la obra, el Sr. Perez Pló se ha encargado de un papel inferior á su categoría artística, accediendo al deseo de los autores.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada **El Teatro**, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Casa de labrador acomodado en las cercanías de Segovia. Á la derecha del espectador un hogar de ancha chimenea, con caldera y ollas á la lumbre. Á la izquierda una alhacena de madera groseramente labrada; en segundo término una ventana, y colgados en la pared un arcabuz y varios arreos de caza, todos al alcance de la mano. Mesa, escaños, y por los rincones algunos útiles de labranza. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

NARCISA hilando junto al hogar, y MENGA. Óyese á lo léjos el canto de los villanos que vuelven de sus faenas agrícolas.

CORO DE HOMBRES, fuera.

MÚSICA.

El campo se engalana,
¡Dios le bendiga!
pues ya brota lozana
la verde espiga.
Del sol el vivo rayo
¡bendito sea!
como el aura de mayo
que el campo orea.
Que son el contento
del pueblo español

la nieve y el viento,
la lluvia y el sol.
El campo se engalana,
¡Dios le bendiga!
pues ya brota lozana
la verde espiga.

(Menga permanece apoyada en la ventana y viendo volver á los labradores, hasta la terminacion de los últimos compases del coro.)

NARCISA. (Tocándola en el hombro.)
¡Qué te pasa, hermana mia?
¡Qué te llama la atencion?

MENGA. Ya lo ves; me divertía
escuchando esa cancion.

NARCISA. ¡Pretendes que te pruebe,
que otro interés te mueve,
que otra memoria llena
tu jóven corazon?

MENGA. (Con sobresalto.)
¡Ay Dios!... no tengo nada ..
(¿Que estoy enamorada
revelará sin duda
mi necia turbacion?)

NARCISA.

MENGA.

Yo he conocido
¡pobre Menguilla!
que arde en tu pecho
viva pasion;
que en tu mirada
refleja y brilla
el fuego indómito
del corazon.

Ya ha conocido,
¡no es maravilla!
que arde en mi pecho
viva pasion;
que en mi mirada
refleja y brilla
el fuego indómito
del corazon.

CORO. (Más lejos.)

Que son el contento
del pueblo español
la nieve y el viento,
la lluvia y el sol.

NARCISA. ¡Qué alegres van los mozos!
¡Qué alegres van!

MENGA. De su dura faena

vuelvan en paz.

HABLADO.

NARCISA. No me lo ocultes: tú quieres.
Si soy muy ducha y conozco
cómo el amor se apodera
del corazón poco á poco.

MENGA. Digo que no... (Confusa.)

NARCISA. ¿Por qué asoman
los colores á tu rostro?
¿Por qué contestas temblando
y por qué bajas los ojos?

MENGA. Ya que te empeñas, no niego
que me sigue cariñoso
Sebastian, tres meses hace...

NARCISA. ¿Y tú...

MENGA. (Asustada.) ¿Yo? No le respondo!

NARCISA. ¿De veras?... ¿Y no podrías
referirme de qué modo
empezó ese amor... á medias?

MENGA. Sí puedo...

NARCISA. Pues ya te oigo.

MENGA. Iba yo por agua, cuando
al llegar junto al arroyo,
hallé á Sebastian, que estaba
á la sombra de unos olmos.
Al verme, salió y me dijo
entre tímido y gozoso:
«¿Dónde vas tan de mañana,
lucero de estos contornos?»
Díjome muchas lisonjas,
muchas, muchas...

NARCISA. (Sonriéndose.) Lo supongo.

MENGA. Y me acompañó á la fuente,
que es Sebastian gentil mozo.
Llenóme el cántaro, luego
le traje hasta el pueblo él solo...

NARCISA. Pues fué milagro que á casa
no llegó el cántaro roto.

MENGA. Desde entónces me persigue

con sus flores y piropos,
y en el baile del domingo
siempre me busca en el corro.
Hasta se atrevió el cuitado,
¡mira tú si será bobo!
á colgar en mi ventana
la noche de San Antonio
un ramo que era una gloria...

NARCISA. Pues no me parece tonto.
¿Y cómo, hermana, supiste
que fué Bastian?...

MENGA. (Confundida.) No sé cómo.
Me lo figuré...

NARCISA. ¿La novia
estaba esperando al novio?
¿Verdad, Menguilla?

MENGA. No quiero
mentirte: dirélo todo.
Es cierto que el corazon
me cautivó y que le adoro;
que háme dado el otro dia
palabra formal de esposo;
que lo será...

NARCISA. Si es honesto
su cariño no me opongo.
Pero es preciso dar cuenta
de esos amores á Alfonso.

MENGA. Tal vez reñirá... (Temerosa.)

NARCISA. No es fácil.

MENGA. Pues no me atrevo...

NARCISA. Es forzoso.

Cállale, si te parece,
cómo nació entre vosotros
el amor; nada le digas
del cántaro, de los olmos.
No es de rúbrica que sepa
si bailais ó no tampoco,
ni si cuelga en tu ventana,
no una rama, sino un tronco.
Basta con que le confieses
lisamente y sin rebozo
que os quereis bien.

- MENGA.** Eso, hermana,
es lo más dificultoso.
¡Díselo tú!...
- NARCISA.** Mucho exiges.
- MENGA.** Yo sé que de un día á otro
vendrá el pobre Bastianillo
á pedirme en matrimonio.
- NARCISA.** Oiga!
- MENGA.** Díjome ayer tarde,
—«mira, en cuanto pase Agosto,
recoja la mies y venda
dos vacas y cinco chotos,
con el dinero que saque
tendremos boda y jolgorio,
que ya me canso, mi vida,
de pasar las noches solo.»—
- NARCISA.** Se explica bien el muchacho.
Entónces tendremos pronto
baile y fiesta...
- MENGA.** Me parece
que hemos de ser muy dichosos.
- NARCISA.** ¡Hágalo Dios!
- MENGA.** Porque al cabo
Sebastian, aunque algo tosco,
tiene el corazón sencillo,
es honrado y generoso.
¿Quién sabe si podrá un día
aspirar, como tu Alfonso,
á ser alcalde?
- NARCISA.** ¿Ambicionas
eso?
- MENGA.** Sí que lo ambiciono.
- NARCISA.** Déjate que el señor cura
os una en santo consorcio
y no tengas impaciencia,
que el tiempo nos llega á todos.
Mas la cena preparemos,
porque ya es hora y mi esposo
vendrá cansado del monte.
- MENGA.** Dices bien.
- NARCISA.** Ya son las ocho.

ESCENA II.

DICHAS, el REY, de cazador, BASTIAN.

BASTIAN. *Ave-Maria...*

MENGA. (Sorprendida.) ¡Bastian!

BASTIAN. Sí, Menguilla, aquí me tienes.

REY. (Reparando en Narcisa.)
(¡Gentil villana!)

NARCISA. (Inquieta.) ¿Á qué vienes?

BASTIAN. Pienso que me dejarán
tomar aliento..

MENGA. (Curiosa.) ¿Pasa algo?

BASTIAN. Vióme el alcalde en el monte
y dijo:—«Bastian, disponte
á marchar con este hidalgo.
Tarde es ya para que vuelva
á la *Quinta del Pinar*,
donde el Rey suele parar
siempre que caza en la selva.
Á mi casa le acompaña,
que en ella hospedarle quiero.»

NARCISA. Tomado habeis, caballero,
posesion de esta cabaña.

REY. Contento admito el favor,
pues por contemplar tu cara
cien veces me extraviara.

NARCISA. No es necesario, señor.

REY. Si no mientes las señales,
tú debes de ser aquella
conocida por la *Estrella*
en estos ágríos breñales.
La fama, que así te llama,
llegó hasta mí...

MENGA. (Ap. á Bastian.) (¡Habrás embustero!)

REY. Juzguéla engañosa; pero
vuelvo el crédito á la fama.
Entre malezas y abrojos
perdíme; mas dicha ha sido,
pues dóime por bien perdido

si han de buscarme tus ojos.

NARCISA. ¡Vaya!

REY. No arrugues el ceño,
que en ello pena me das.

NARCISA. Mis ojos no buscan más
que lo que pierde su dueño.

REY. Mi remedio solícito.

NARCISA. ¿Qué os duele?

REY. El alma.

NARCISA. Curaros

no puedo. ¿Quereis sentaros?

¿Teneis acaso apetito?

Haré que os sirvan la cena.

REY. Tengo... apetito de amor.

NARCISA. Pues ese manjar, señor,
no se encuentra en mi alhacena.

REY. (Picado.) Buscarélo en otra parte.

NARCISA. En eso ni entro ni salgo.

MENGA. (Ap.) (Atrevido es el hidalgo.)

BASTIAN. (Menguilla, tengo que hablarte.)

REY. Está visto; me decido
y paso aquí hasta mañana.

(Deja el arcabuz en un rincón.)

NARCISA. ¿Dejais el arma?

REY. ¡Ay, villana!

¿qué he de hacer, si estoy vencido?

NARCISA. ¿Será de fatiga?

REY. ¿Estando

á tu lado? No.

NARCISA. ¡Callad!

REY. Yo diré á su Majestad,
que está en el monte cazando,
que aquí, con alguna traza,
se logra más que en el soto.

NARCISA. Señor hidalgo, aquí hay coto
y no permito la caza.

REY. Tal vez ablande algun día
ese corazón crüel.

BASTIAN. (Incomodado ap.)

(¿Qué va á que emprendo con él
á estacazos todavía?)

MENGA. (Ap.) ¡Tente!

BASTIAN. (No me voy de aquí.)

Mire, hidalgo, que es casada.

REY. Y eso ¿qué? No importa nada.

MENGA. (Con asombro.)

¿Que no le importa?

NARCISA. (Con severidad.) Á mí sí.

REY. ¿Posible es que tu hermosura
disfrute un tosco villano?

¿Quién dispuso de tu mano?

NARCISA. ¿Quién? Mi voluntad y el cura.

REY. No: tú no debes guardar
perfecciones tan divinas
entre zarzales y encinas
en este oculto lugar.

Es conveniente que vaya
tu hermosura donde sea
más preciada que en la aldea.

Deja la grosera saya
de estameña, pues si quieres
lucirás, y no te asombres,
donde te admiren los hombres
y te envidien las mujeres.
Tendrás joyas...

NARCISA. No me cuido

de tan poco.

REY. ¿En qué se apoya
tu desden?

NARCISA. En que la joya
que más quiero es mi marido.
Él y el hijo de mi amor,
que duerme en su blanda cuna,
me bastan. Son mi fortuna.

¿Puede haber otra mayor?

REY. Eres firme...

NARCISA. Como el roble
que en estos montes se cría.

Dejad, pues, esa porfía
indigna de un pecho noble.

REY. (Animándose.)

No; vente á Madrid conmigo
y dame un abrazo en prenda.

(La persigue, y Bastian se interpone.)

¿Qué es esto?

BASTIAN. (Con resolucion.) Guardo la hacienda de Alfonso, que soy su amigo.

MÚSICA.

REY. ¡Bellaco!

NARCISA. (Intercediendo.) ¡Señor, tened, por favor.

BASTIAN. No se alborote, que mi garrote de un buen amigo guarda el honor.

MENGA. ¡Tened, señor! (Al Rey.)

REY. Calla, traidor. (Á Bastian.)

¡Viven los cielos! Villano, que he cortarte la mano con que te atreves á amenazar.

BASTIAN. Eso será si me dejo. Mas guardaré mi pellejo, que ningun hombre me hace temblar.

NARCISA. No le hagais caso, mirad mi afan.

REY. ¡Abridme paso! (Colérico.)

MENGA. ¡Huye, Bastian! (Asustada.)

REY. (Avanzando hácia Bastian.) La indignacion me ciega.

NARCISA. } Calmad vuestra inquietud.
MENGA. }

BASTIAN. (Dispuesto á rechazar la agresion del Rey, se apodera del arcabuz que éste dejó en un rincon, diciendo en son de amenaza.)

Cuidad si está con bala cargado el arcabuz.

REY. Yo tu insolente arrojó castigaré...

NARCISA. (Conteniendo al Rey.)

¡Ay Jesús!

Dejadle...

BASTIAN. (Resuelto.) Nada temo.

MENGA. ¡Imbécil! Calla tú. (A Bastian.)

REY. (Desasiéndose de Narcisa, echa mano de su cuchillo de monte, y se dirige hácia Bastian.)

¿Quién pone límites

á mi poder?

No más mi cólera

refrenaré.

NARCISA y MENGA.

(Interponiéndose entre los dos adversarios.)

¡Virgen purísima,

velad por él!

Mirad mis lágrimas,

mi angustia ved.

BASTIAN. (Preparándose para apuntar.)

Templad ese ímpetu

por vuestro bien.

¡Alto! ó los hígados

os partiré.

(Narcisa y Menga rodean á Bastian, conteniéndole y diciéndole con rapidez.)

NARCISA. ¡Bastian, por los cielos!...

MENGA. Bastian, por mi amor!...

BASTIAN. De Alfonso, mi amigo,
defiendo el honor.

NARCISA. Te ciega la ira.

MENGA. Refrena el furor.

BASTIAN. Romperle el bautismo
será lo mejor.

NARCISA. ¡Arriesgas la vida!

MENGA. ¡Me embarga el terror!

BASTIAN. Desprecio mil veces
de un vil el valor.

NARCISA. ¡Si Alfonso llegara!...

MENGA. ¡Bastian, por favor!

BASTIAN. Sería el cazarle
mi gusto mayor.

REY. (Ap. al mismo tiempo que se cantan los versos anteriores.)

Tal ultraje,—tal afrenta,
acrecenta—mi furor.
Muera, muera—por mi mano
el villano—y el traidor.

HABLADO.

Avanza airado hácia Bastian, que desasiéndose de las mujeres, le apunta resueltamente.

REY. Mi indignacion no refreno.

BASTIAN. ¡Alto! (Apuntando.)

ESCENA III.

DICHOS y ALFONSO. Bastian, á la entrada del alcalde, baja lentamente el arcabuz y se queda en actitud de examinarle. Narcisa y Menga sobrecogidas.

ALFONSO. (Sorprendido.) ¡Tal ruido en mi casa!
Menga, Narcisa, ¿qué pasa?

NARCISA. ¡Nada! (Asustada.)

BASTIAN. (Examinando con intencion el arcabuz.)
El arcabuz es bueno.

¡Famosa alhaja!

NARCISA. (Ap.) ¡Ay de mí!

ALFONSO. (Al Rey.) Estais, hidalgo, alterado.
(Á Bastian.) Rústico, ¿le habrás faltado tal vez al respeto?

REY. (Severamente.) Sí.

BASTIAN. Sois de condicion muy terca...

REY. ¡Calle el menguado!

BASTIAN. Está bien.

Él tiene la culpa. ¿Quién le mandó saltar la cerca?

ALFONSO. Perdonadle... (Al Rey.)

BASTIAN. (Con intencion.) No es la fruta de todo el que la apetece.

ALFONSO. El caso no lo merece:
dése fin á la disputa.

NARCISA. Sí, Alfonso mio! (Con inquietud.)

REY. (Con aire amenazador.) Sospecho,
como en sus burlas prosiga,
que hoy le cuelgo de una viga...

ALFONSO. (Con dignidad.) No es horca, señor, el techo
de mi casa, ni recojo
verdugos en ella. (Á Bastian.) ¡Veto!

REY. Pues yo haré que me respete.

BASTIAN. (Marchándose.) ¡Ay si en el monte le cojo!

MENGA. (Á Bastian.) ¡No repliques!

ESCENA IV.

DICHOS, ménos BASTIAN.

ALFONSO. (Al Rey.) Perdonad
su ignorancia. Esto se acabe.
Es un rústico y no sabe
cuándo ofende...

NARCISA. No en verdad.

MENGA. (Picada.) Pues no le falta despejo!...

ALFONSO. ¿Tú qué entiendes? Anda y saca
un buen tasajo de vaca
y un jarro de vino añejo.
(Á Narcisa.) La mesa en tanto dispon,
y cenaremos si os place,
buen hidalgo.

(Narcisa y Menga se apartan para cumplir las órdenes de Alfonso.)

REY. Falta me hace,
pues ¡por mi santo patron!
que el apetito me acosa.

ALFONSO. ¿Sereis de la comitiva
del Rey, que mil años viva?

REY. Soy... montero de Espinosa.
Con la córte vine aquí,
que el rey ama el ejercicio
de la caza...

ALFONSO. ¿Á su servicio
estais?

REY. Desde que nació.
Tengo en la córte favor,

y ni un momento me aparto
del rey don Felipe cuarto...

ALFONSO. (Descubriéndose respetuosamente.)
¡Que nos conserve el Señor!

REY. Eres un vasallo fiel,
y el Rey sabrá tu cariño.
¿Le has visto acaso?

ALFONSO. De niño;
pero no me acuerdo de él.

REY. ¿Luego en la córte de España
estuviste?

ALFONSO. En ella he estado.
Hasta que al fin espantado
de tanto enredo y maraña;
—¡Adios! Á mi casa torno,—
dije, y emprendí el viaje.

REY. ¿Qué hiciste en Madrid?

ALFONSO. Fuí paje
del noble conde de Ossorno.

REY. Nunca podrás ocultar
que entre Grandes has vivido;
porque á su lado has perdido
la rudeza del lugar.

ALFONSO. ¡Sois muy bondadoso!
(Siguen el diálogo en voz baja. Narcisa y Menga
acabando de poner la mesa y en ella las viandas.)

MENGA. (Á Narcisa.) ¡Deja
que me vaya...

NARCISA. ¡Es mucho afan!

MENGA. ¡Si te digo que Bastian
está esperando en la reja!

NARCISA. (Cediendo.) ¡Vete!

ESCENA V.

NARCISA, ALFONSO, REY.

(Al Rey y á su marido.) Ya pueden venir

REY. (Sentándose á la mesa.)
¡Grato olor la cena exhala!

ALFONSO. (Sentándose tambien.)
Pues ¿y Menga?

NARCISA. Está algo mala
y no se atreve á salir.

REY. Tienes gallarda mujer.

ALFONSO. Tan honrada como hermosa.

NARCISA. Tú me enseñas, soy tu esposa,
y cumplo con mi deber.

REY. Es discreta.

ALFONSO. Es la alegría
de mi casa.

NARCISA. (Riendo.) ¡Anda, embustero!
Si no quieres.

ALFONSO. ¿Que no quiero?
Más que tú, cordera mia.

REY. Sí que es bella como el sol
que nuestras campiñas dora:
no hay más gentil labradora
en todo el suelo español.

NARCISA. (Avergonzada con la insistencia del Rey.)
Reparad...

ALFONSO. (Sobresaltado.) Tened cuidado,
hidalgo, que soy su esposo.

REY. ¡Hola! ¿Picas en celoso?
No está mal.

ALFONSO. (Con dignidad.) Pico en honrado.

REY. (Conteniéndose.)
(Ap.) (Por Cristo que el labrador
es receloso y altivo.)
Sois noble?

ALFONSO. No; pero vivo
de mis haciendas, señor.
Y porque me juzgan bueno,
ejerzo aquí la alcaldía,
que sin honra no podría
guardar el honor ajeno.

REY. ¿Eres alcalde?...

NARCISA. La aldea
le nombró, contra mi gusto,
hará dos meses...

REY. Si es justo,
por muchos años lo sea.

ALFONSO. Hago respetar la ley
en el lugar, que no en balde

puso la vara de alcalde
entre mis manos el Rey.
Pero que os canso imagino,
y molestaros no debo.
(Á Narcisa.) Llena los vasos de nuevo.
Á vuestra salud. (Brindando.)

REY. ¡Buen vino!

Aunque por mano tan bella
servido, ya no lo extraño.
Muéstrala...

NARCISA. Díla hace un año,
y ya no dispongo de ella.

ALFONSO. (Con ira mal reprimida.)
Mirad que es exceso...

REY. Digo
que reina merece ser.
¿Quieres brindar?

ALFONSO. (Levantándose y con tono seco y duro.)
Mi mujer
tan sólo brinda conmigo.

MUSICA.

ALFONSO. Brindaremos, dueño mio,
por la paz tranquila y pura
que el amor nos asegura
y embellece la ilusion.
Ni la sombra de un desvío
puede herir nuestro reposo,
ni el recelo cuidadoso
nos trastorna la razon.

NARCISA. ¡Oh, mi esposo fiel! (Abrazándole.)

ALFONSO. Oh, gloria de Dios!

REY. (Mirándolos con irónico despecho.)
¡Famoso papel
hago entre los dos!

HABLADO.

ALFONSO. (Ap.) (Por Dios que me sobresalta

:

- el hidalgo.)
REY. (Ap.) (Me enamora
tan garrida labradora.)
—Y eres rico?...
- ALFONSO. No me falta.
Tengo la renta precisa.
Tres yuntas, un encinar,
seis tierras de pan llevar,
un pequeñuelo y Narcisa.
Con esto vivo sin miedo,
los campos cautivo, pago
todas las gabelas, hago
los beneficios que puedo,
y estoy, libre de sospechas,
mejor que el rey en su trono.
- REY. ¿No ambicionas?
- ALFONSO. No ambiciono
sino las buenas cosechas.
- REY. (Con amargura.) ¡Feliz tú! Libre te ves
de cuidados y de enojos,
fijos el alma y los ojos
en la viña y en la mies.
Mientras yo apenado vivo
en ruda y perpétua guerra,
perdiendo á palmos la tierra... (Reponiéndose.)
que estérilmente cultivo.
- NARCISA. ¿Y caza su Majestad
mucho?
- REY. Busca la fatiga
porque su pena mitiga.
- NARCISA. ¡Pobre Rey!
- REY. Sí que es verdad.
- NARCISA. ¿Y es joven?
- REY. Mis años cuenta.
¿No le viste nunca?
- NARCISA. No.
- REY. Sufre mucho, y como yo
tiene la faz macilenta.
- ALFONSO. (Interrumpiéndolos.) Estareis cansado...
- REY. Si.
- Fuíme en la selva metiendo
hasta perderme, siguiendo

á un cerdoso jabalí.
Se oscureció el horizonte,
y ya sin luz y sin tino
no topé con el camino
que da á la casa del monte;
y á no tener la ventura
de hallarte, fuera mi cama
algun monton de retama
en la intrincada espesura.
Ya de reposar es hora.
—Al amanecer espero
que me llameis.—

(Á Narcisa.) Tú, prefiero
que me despierte la aurora.

ALFONSO. (Con mal tono.) Harélo yo en su lugar.

REY. Bien.

ALFONSO. (Tomando una luz y acompañando al rey.)
Para alumbraros salgo
á antes que vos. (Ap.) (Este hidalgo
me da mucho en qué pensar.)

ESCENA VI.

NARCISA, poco despues ALFONSO.

MUSICA.

ALFONSO. Paciencia ¡voto á los cielos!
con el hidalgo he tenido.

NARCISA. ¿Tienes celos? (Riéndose.)

ALFONSO. Tengo celos,
que al cabo soy tu marido.

NARCISA. Es estilo cortesano
el suyo...

ALFONSO. Pues por mi fe,
que se expone á que un villano
sangrienta leccion le dé!

En su loco
devaneo,
el deseo
le cegó.

Mas del triunfo
no se alabe,
que no sabe
quién soy yo.
Soy capaz,
siguiendo así,
de arrancar la lengua audaz
al hidaigo baladí.

NARCISA.

Es un loco
segun creo,
y el deseo
le engañó.
De su triunfo
no se alabe,
pues ya sabe
quién soy yo.
Duerme en paz,
confia en mí,
que ni osado ni tenaz
puede nada contra tí.

ALFONSO.

Te quiero tanto,
mi dulce bien,
cuanto los hombres
pueden querer.

NARCISA.

Temo de todo...
Pues claro ves
que no vacila
mi amante fe.

ALFONSO.

Eres honrada.

NARCISA.

Soy tu mujer.

ALFONSO. (Enternecido.)

Ven á mis brazos,
Narcisa, ven.

LOS DOS.

¡Oh dulce prenda mia,
de amor celeste sueño,
encanto y alegría
de nuestro honrado hogar!
Por más que nos acecha
con ruin y torbo ceño,

no puede la sospecha
en nuestra casa entrar.

HABLADO.

NARCISA. Y ¿quién es?

ALFONSO. No sé: en la sierra
halléle solo y perdido.
Háme dicho que es montero
de Espinosa...

NARCISA. También dijo
que el Rey le favorecía.

ALFONSO. Pues montero ó favorito,
¡ay de él! si intenta quitarme
la dicha que más estimo.
Pero dejando temores
á un lado, pues imagino
que sin justicia recelo
y me inquieto sin motivo,
¿qué tiene Menga?

NARCISA. ¿Qué tiene?

Tiene amor.

ALFONSO. (Sorprendido.) ¿Qué dices?

NARCISA. Digo
que ya están sus veinte abriles
pidiendo á voces marido.
Menga y Bastian se profesan
tan acendrando cariño,
que es viva imágen del nuestro.

ALFONSO. Míralo bien: mucho has dicho.
Mas si se entienden, no es cosa
de que anden los pobres chicos
dando tormento á sus almas
y que hablar á los vecinos.
Cáselos el señor cura,
ántes que arrecie el peligro,
y Dios los haga felices
por los siglos de los siglos.

NARCISA. Consientes?

ALFONSO. De buena gana.
No hay razón para impedirlo.

Bastian es cristiano viejo,
es trabajador y rico.
Hará dichosa á Menguilla...

NARCISA. Tal creo.

ALFONSO. Pues yo lo afirmo.
(Óyese á lo lejos el toque de queda.)

NARCISA. (Alegremente.)
¡Cuando lo sepan!...

ALFONSO. Ya es hora
de dormir, que necesito
levantarme ántes del alba,
y estoy de veras rendido.

NARCISA. ¡Cuánto trabajas!

ALFONSO. ¡Qué importa?

Gracias á mi afan continuo
el grano llena mis trojes
y mis bodegas el vino.

NARCISA. Sí, pero andar todo el año
con sol, con agua y con frio
labrando la áspera tierra
canso y sin alivio...

ALFONSO. ¡Calla, mujer! ¿No le encuentro
en tus brazos?

NARCISA. (Ap. enternecida.) (¡Pobrecillo!)

ALFONSO. Pero ¡vive Dios! que hablando
de nuestra dicha me olvido
de preguntar por la prenda
que más amo; por nuestro hijo.
¡Sabes que ya tengo ganas
de verle, mozo y con bríos,
saltando de peña en peña,
corriendo de risco en risco!
Va á ser un bravo mancebo.
¿Verdad, Narcisa?

NARCISA. (Entusiasmada.) ¡Oh! De fijo.

ESCENA VIII.

DICHOS, BASTIAN, asustado.

MUSICA.

BASTIAN. *Deo gratias...*

ALFONSO (Sorprendido.) ¿Cómo has entrado?
¿Qué traes?...

BASTIAN. ¡Jesús, lo que he visto!
¿Por qué teneis á estas horas
sin atrancar el postigo?
Gracias á que yo he cerrado
remediando ese descuido.

NARCISA. (Á Alfonso.) ¡Pues no tiene poco miedo!
Amor le trastorna el juicio!

BASTIAN. (Sobresaltado.)
¿Qué buscan esos fantasmas?
¿Qué buscan?... No lo adivino.
Trompetas atronadoras...
ruido de cadenas... cirios...
¡Jesús!

NARCISA. Pero hombre, ¿qué tienes?

ALFONSO. ¡Habla!

BASTIAN. Si apenas respiro.

ALFONSO. Agitado y cejijunto
está el mozo, ¡vive Dios!

BASTIAN. Consultar quiero un asunto,
buen Alfonso, acá *internós*.

ALFONSO. Habla pronto.

BASTIAN. Voy á hablar.

NARCISA. (Ap.) (¿Qué tendrán que consultar?)

BASTIAN. Arduo es el caso, terrible y fiero,
como puedes comprender.
Hablemos solos, porque no quiero
que se asuste tu mujer.

ALFONSO. Con impaciencia, Bastian, espero
tu secreto conocer,
que por tu espanto, según infiero,
gran peligro debe haber.

NARCISA. (Es la entrevista de mal agüero...
¿Qué ha podido suceder?
Alfonso escucha grave y severo...
¡Ay de mi! ¿qué podrá ser?)

ESCENA IX.

ALFONSO hace seña á **NARCISA** para que se vaya, y quedan solos **BASTIAN** y él.

HABLADO.

ALFONSO. Ya nadie escucharnos puede.
Habla pronto. ¿Qué sucede?
¿Por qué tan confuso estás?

BASTIAN. Oye, pues, y todo quede
entre los dos nada más.

ALFONSO. Á complacerte me obligo,
puesto que nadie me gana
á estimarte y ser tu amigo.
Dí cuanto gustes.

BASTIAN. (Misteriosamente.) Pues digo
que anda el diablo en Cantillana.

ALFONSO. Mientras no llegue á la aldea,
¿qué más da?

BASTIAN. De veras hablo.

ALFONSO. Pues por muchos años sea.

BASTIAN. Yo lo he visto...

ALFONSO. (Riéndose.) ¿Has visto al diablo?
Para el diablo que te crea.
Guardas muy mal tu secreto;
y aunque peque de indiscreto
te diré, y es lo mejor,
que quien te trae tan inquieto
no es el diablo, es el amor.
Sé que adoras de Menguilla
la singular donosura,
y la cuestion es sencilla:
si es cierto, que venga el cura,
os casa ¡y ancha Castilla!

BASTIAN. ¡Gracias! la vida me das.

Esta prueba de cariño
no podré olvidar jamás,
porque quiero á Menga, más
que quiere á su madre el niño.
Diréte ya sin temor
que su trato afable y llano
hizo nacer este amor,
como el agua y el calor
hacen germinar el grano.
¿Por qué he de negar que espero
ser dichoso con aquella
á quien amante presiero?...

ALFONSO. ¿Para qué ocultarlo?

BASTIAN. (Con misterio.) Pero
no he venido á hablarte de ella.

ALFONSO. (Sorprendido.)

¿Eso dices? ¿Qué razon
te trae entóncees á casa
con tan honda agitacion?

BASTIAN. Pronto sabrás lo que pasa
si me prestas atencion.

ALFONSO. Ya ves la impaciencia mia;
mis inquietudes aleja.
Dí pues...

BASTIAN. Con tierna alegría
me hallaba al pie de una reja,
—tú comprendes cuál sería,—
cuando á interrumpirme vino
vago rumor repentino
que el viento trajo hasta mí.
Despues el monte vecino
poblado de luces ví.
Al pronto pensé que el fuego,
monstruo mugidor y ciego,
las encinas devoraba:
asustéme; pero luégo
conocí que me engañaba.
Ví negras sombras cruzar
y descender de los cerros
en direccion al lugar,
y oí ladridos de perros
que sonaban sin cesar.

Fué aproximándose el ruido,
y una voz ronca y lejana,
llegó vibrando á mi oído.
Menga cerró la ventana
y yo me quedé aturdido.
—Brujería manifiesta,
dije espantado, y no en balde
tan grave susto me cuesta:
así le diré al alcalde
que andan los diablos de fiesta.
No muy lejos estarán...

ALFONSO. Siempre en lo malo te pones.
Risa me causa tu afán,
que el miedo, pobre Bastian,
te hace ver muchas visiones.

BASTIAN. Si es verdad...

ALFONSO. Y aunque lo sea,
¿dónde hay nada más sencillo?
Es que esa gente desea
saber si se halla en la aldea
el hidalgo...

BASTIAN. (Con encono) ¿El hidalguillo?
Si tú no vieues le planto
en el bosque, y le abro un siete
de á cuarta.

ALFONSO: (Receloso.) ¿Te ofendió tanto?

BASTIAN. Cuando no le dí un moquete
bien puedo aspirar á santo.

ALFONSO. Pues pudo salirte cara
la intencion.—Vamos de prisa
y veremos en qué para
el lance. (Llamando.) ¡Menga! ¡Narcisa!
¡Hola! mi capa y mi vara.

ESCENA X.

DICHOS, NARCISA y MENGA, con la capa y la vara del
alcalde.

NARCISA. ¿Te marchas?

ALFONSO. Tengo que hacer.

NARCISA. ¿Y á estas horas de mi lado

te apartas?

ALFONSO. Pierde cuidado,
que no tardaré en volver.
Pero esta noche he resuelto
rondar...

MENGA. (Á Bastian.) ¿Qué tienes?

NARCISA. (Á Alfonso.) ¿Qué pasa?

ALFONSO. Nada! Que Menga se casa.

BASTIAN. Nada! Que el diablo anda suelto.

ALFONSO. Vamos.

MENGA. (Asustada.) ¿Y os marchais los dos?

BASTIAN. No es posible que me quede.

ESCENA XI.

DICHOS, el CONDE-DUQUE DE OLIVARES, llamando violentamente á la puerta.

BASTIAN. ¿Oís? (Sobresaltado.)

ALFONSO. (Asomándose á la ventana.)

¿Quién llama?

OLIV. (Desde afuera, ásperamente.) Quien puede.
Y abrid pronto.

ALFONSO. (Con firmeza.) Sólo Dios
y el rey, sin permiso mio,
pueden en mi casa entrar.

OLIV. ¿Á que mando derribar
la puerta?

ALFONSO. (En el mismo tono.) No tanto brío,
hidalgo, que no hay razon.

OLIV. No eres el alcalde?

ALFONSO. Sí.

OLIV. Pues te buscamos.

ALFONSO. ¿Á mí?

BASTIAN. (Á Alfonso.) ¿No te lo dije? Ellos son.

NARCISA. ¡Jesús! (Asustada.)

MENGA. (Temblando.) Estoy medio muerta.

ALFONSO. (Á Olivares.) Antes vuestro nombre espero
conocer...

OLIV. Abrid primero.

ALFONSO. No haré. (Con resolucion.)

OLIV. (Á la gente que le acompaña.)

Derrivad la puerta.

(Óyense golpes violentos y repetidos.)

ALFONSO. ¡Idos! (Empujando á Narcisa y Menga.)

NARCISA. (Colgándose del cuello de Alfonso.)

¡Moriré contigo!

ALFONSO. (Desasiéndose y descolgando el arcabuz de la pared, dispuesto á defenderse. Bastian coge el del Rey y se prepara á la lucha. Narcisa y Menga afligidas.)

Bastian, ocupa tu puesto
y resistamos...

ESCENA XII.

DICHOS, el REY, que sale al ruido.

REY. (Sorprendido.) ¡Qué es esto?

ALFONSO. Apartad.

REY. (Severamente.) ¡Silencio os digo!

(Asomándose á la ventana.)

¡Ira del cielo! ¿Esta es ley?

¡Así se asaltan lugares,
conde-duque de Olivares?

VOCES. (Fuera.) ¡Es el rey!

REY. ¡Silencio!

TODOS. (Dentro con visibles muestras de temor.) ¡El Rey!

REY. (Á los de fuera.) ¡Os parece bien llegar
con tanto alboroto y ruido?

Llamad, pues, como es debido
y veré si os dejo entrar.

(Cerrando la ventana de golpe.)

MENGA. ¡Bien hecho!

(Vuelven á llamar desde fuera.)

REY. (Á Alfonso, que le interroga con la vista.)

Responded vos.

ALFONSO. (Abriendo la ventana.)

¿Qué me ordenais, caballeros?

OLIV. (En tono humilde.)

Alcalde, somos monteros
del Rey, que prospere Dios.

En donde estaba ignorando,
paso á paso y mata á mata,

por la espesura inmediata
anduvimosle buscando.
Mas ya que se encuentra aquí
su Majestad, si os agrada
franquear vuestra morada...

ALFONSO. ¿Qué le contesto? (Con respeto al Rey.)

REY. (Gravemente.) Que sí.

ALFONSO. (Al Conde-duque, desde la ventana.)

Sereis, hidalgo, servido.

Aguardad. (Saliendo con luz á abrir la puerta.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ménos ALFONSO.

BASTIAN. (Ap. á Menga.) ¡Ay dueño amado!
Cómo incurrí en el pecado
de apuntarle?... ¡Estoy perdido!

MENGA. ¿Y no habrá remedio? (Muy asustada.)

BASTIAN. No.

¿No ves que es el rey, mujer?
¿Quién había de creer
que era un hombre como yo!

ESCENA XIV.

DICHOS, ALFONSO, CONDE-DUQUE DE OLIVARES, MON-
TEROS, CAZADORES y CRIADOS, con hachas de viento.

OLIV. Señor... (En tono humilde.)

REY. (Con severidad.) Callad, no mi enojo
despertéis...

OLIV. Tal vez mi celo...

REY. Eso decis? ¡Vive el cielo!
que es singular vuestro arrojo.
¿Celo es dejar al monarca
sólo y perdido en la sierra,
y turbar en son de guerra
la quietud de esta comarca?
Vuestro atrevimiento es tal,
que casi raya en ultraje.
(Cambiando de tono.)

—Buen Alfonso, tu hospedaje
ha sido franco y cordial.
Es causa de esta querella
quien contra tí se propasa,
pues al defender tu casa
defiendes la patria en ella.
La buena intencion te abona,
y tan satisfecho estoy
que con mi anillo te doy
acceso hasta mi persona.

(Ofrécele un anillo que Alfonso toma con sumision
y respeto.)

ALFONSO. Olvide Su Majestad
si atrevido...

REY. El soberano
á besar te da su mano.

ALFONSO. (Hincándose.)
¡Bien haya tanta bondad!

REY. (Levantándole.)
Alcalde, sé en todo justo,
por que si bien se repara,
el que deshonra esa vara
deshonra mi cetro augusto.
He visto ya que la fuerza
contra tí luchará en balde;
pero ten cuidado, alcalde,
que el interés no la tuerza.

ALFONSO. Nunca el cielo me perdone
si no me ajusto á la ley.

REY. (Á Narcisa.)
En casa donde entra el Rey
una cadena se pone.
Cumplir, Narcisa, con ello
la antigua costumbre ordena.
Yo tambien pondré cadena,
pero la pondré en tu cuello.
(Pone á Narcisa la que él lleva.)

NARCISA. Señor, vuestra esclava soy.

REY. (Mirándola en silencio.)
(¡Qué hermosa está...) Dios te guarde.
(Reparando en Bastian al marcharse.)
Y vos...

MENGA. (Ap. á Bastian.) ¡No tiembles, cobarde!

BASTIAN. Perdonad... (Asustado.)

REY. (Ásperamente.) ¡Nacisteis hoy!

MUSICA.

CORO. (Alejándose con el Rey y Olivares.)

Suene la trompa
de caza ya,
que ha parecido
Su Majestad.

El ágrío monte,
y espesa selva
corramos todos
con nuevo ardor.
Y á su morada
ninguno vuelva,
sin los trofeos
del cazador.

Y la alegre comitiva
su destreza haga sentir
á la corza fugitiva
y al cerdoso jabalí.

(Alfonso, Narcísa, Bastian y Menga salen á acompañar al Rey y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

... ..
... ..
... ..

...

...

...

...

...

...

...

ACTO SEGUNDO.

Terreno quebrado y montuoso. Á la derecha del espectador parte de la casa de dos pisos que sirve de morada á Alfonso. Á la entrada un banco de piedra y sobre la puerta un emparrado. La parte de la habitacion que se descubre está decorada y amueblada rústicamente. Dos puertas, que comunican una con la huerta y corral de la casa, y otra con los cuartos interiores. Árboles frondosos en la escena. Á la izquierda un sendero que conduce á la aldea vecina y otro á la derecha, que se supone va á dar al monte. En tercer término selva espesa y desigual, con varios caminos abiertos en contrarias direcciones. Á lo lejos cumbres escarpadas.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE LABRADORAS y LABRADORES, con traje de fiesta, saliendo en tropel y alegre confusion de casa de Alfonso. Detrás Menga y Bastian galanamente vestidos.

MUSICA

CORO GENERAL.

¡Ea, á la iglesia! que la campana
con voz sonora llamando está.
Ved qué contenta, bella y ufana
de galas llena la novia va.

:

(Coro de hombres cercando á Menga.)

¡Qué hermosa está!
¡qué alegre va!

(Coro de mujeres rodeando á Bastian y á Menga.)

¡Bien venida sea
la novia gentil.
Bien venido sea
el novio feliz.

ESCENA II.

DICHOS, NARCISA y ALFONSO.

MENGA. (Corriendo á abrazarla.)

¡Hermana!

BASTIAN.

¡Alfonso!

CORO.

¡Viva Narcisa!

¡Viva el padrino!

ALFONSO.

Bien, hijos, bien!

Tal vez vosotros no tengais prisa,
pero los novios tienen que hacer.

BASTIAN. Ya la campana del templo avisa...

ALFONSO. ¿Veis? Tiene prisa. (Riéndose.)

LAS MUJERES.

¡Marchemos pues?

CORO GENERAL.

¡Ea, á la iglesia! que la campana
con voz sonora llamando está.
Ved qué contenta, bella y ufana
de galas llena la novia va.

(La comitiva de la boda se aleja lentamente en
direccion á la aldea. Cuando se pierden á lo lejos
las últimas notas del coro, el Rey, el Conde-duque
de Olivares y Juan de Sigüenza aparecen por de-
trás de la casa del alcalde, recatándose para no
ser conocidos.)

ESCENA III.

REY, CONDE-DUQUE DE OLIVARES, JUAN DE SIGÜENZA.
El REY se adelanta y parece seguir con la vista á la comitiva de la boda, durante el siguiente diálogo entre el Conde-duque de Olivares y Juan de Sigüenza.

HABLADO.

- OLIV. Procurad que estén alerta.
JUAN. Lo están; pero os aseguro que se han visto en grande apuro para ocultarse en la huerta.
OLIV. Pues ¿cómo?
JUAN. El muro es tan alto y está tan bien construido, que á decir verdad, ha sido dificultoso el asalto.
Y aunque ninguno en aliento ni en destreza los iguala, temí, por falta de escala, que no lograsen su intento.
OLIV. Conque hayan podido entrar me basta; no importa el modo.
—¿Está todo á punto?
JUAN. Todo.
OLIV. Pues os podeis retirar.

ESCENA IV.

REY, CONDE-DUQUE DE OLIVARES, acercándose con lentitud al Rey, que permanece abstraído.

- OLIV. ¡Alienta, fortuna mia!
Á medida que se engolfa en sus fáciles amores, cetro y poder me abandona.
—Señor!
REY. (Saliendo de su ensimismamiento.)
¡Por Cristo! Su talle airoso el alma me roba.

¿Visteis con qué gallardía
pasó luciendo entre todas?
Os juro que no hay serrana,
diez leguas á la redonda,
que con Narcisa compita,
envidiada y no envidiosa.

OLIV. ¡Lo dije! No por la caza
á estas asperezas torna
vuestra Majestad?

REY. (Con melancolía.) ¿Quién sabe?
Tambien en el monte goza
mi corazon, fatigado
del peso de la corona.
Cuando por la agreste sierra
sigo á la ligera corza
que aturdida y jadeante
contra las encinas choca,
¡cuán lejos está, cuán lejos
de desgarrar mi memoria
el ¡ay! de esta monarquía
que vacila y se desploma!
¡Triste destino es el mio!

OLIV. (Asustado, ap.)
(Mi favor se desmorona
si en sus lócos devaneos
no le empeño á toda costa.)
Tal vez Narcisa se rinda:
el oro, el fausto, la pompa...

REY. No lo espero.

OLIV. Las mujeres
suelen ser tan caprichosas...
Tentar fortuna es preciso.
Vuestra Majestad á solas
debe hablarla...

REY. Eso pretendo.

OLIV. (Ap.) (Yo haré que te corresponda,
si no de grado, por fuerza.)
Pues bien, manos á la obra.

(Se aproxima á la puerta de la casa de Alfonso y
hace lo que indican los versos. El Rey le observa
con creciente curiosidad.)

¡Si entráramos en la casa!

¡Como pueda con la hoja
del cuchillo abrir la puerta
sin que el pestillo se rompa!...

¡Albricias, señor! Ya cede...

REY. ¡Qué intentais? (Sorprendido.)

OLIV. Mientras se emboban

los villanos en la iglesia
con los gustos de la boda,
entraremos en la casa,
que allí tendremos de sobra
donde ocultarnos.

REY. (Dejándose vencer.) ¡Bien dicho!

¡Será aventura donosa!

(El Rey y el Conde-duque penetran en la casa de
Alfonso, vuelven á cerrar la puerta y registran la
habitacion para conocer sus entradas y salidas.)

OLIV. Registremos. Esta puerta
da paso franco á las otras
habitaciones...

REY. (Mirando por la otra puerta.) ¡Bien haya
el cielo! Nos proporcionan
por aquí, si el riesgo crece,
salida fácil y pronta.

Da á la huerta...

OLIV. Sin embargo,
la salida es peligrosa.

REY. ¡Por qué?

OLIV. La pared es alta,
y sin escala no hay forma
de subir...

REY. (Observando con inquietud por la puerta del
huerto.)

¡Callad!

OLIV. (Aproximándose.) ¡Qué es eso?

REY. ¡No veis cruzar unas sombras?

OLIV. ¡Gente nuestra! (Con indiferencia.)

REY. ¡Estais seguro?

OLIV. He dispuesto que se escondan
en la huerta, tres monteros.

REY. ¡Y para qué? (Sorprendido.)

OLIV. Allí no estorban.

La precaucion siempre es buena.

REY. Mas si los viesen...
OLIV. No es cosa
de que sin defensa alguna
vuestra Majestad se exponga.
Acudirán á una seña,
si la ocasion se malogra,
y entónces decis que son
monteros de vuestra escolta.
REY. En todo estais para el mal.
—¡No teneis misericordia!—
(Óyese rumor á lo léjos.)
Ocultémonos, que escucho
voces, y si alguno torna
puede impedir nuestros planes.
OLIV. Decis bien: que no nos oigan.
(Ap.) (Tus caprichos me sostienen
¡oh rey! Tus vicios me apoyan...)
REY. Entrad...
OLIV. (Corre de mi cuenta
esa esquivá labradora.)

(Desaparecen por la puerta que, segun se ha indicado, conduce al huerto de la casa. El rumor va aumentando. Poco despues entran en la escena los aldeanos y aldeanas de vuelta de la iglesia.)

ESCENA V.

NARCISA, MENGA, ALFONSO, BASTIAN, BRITO, viejo, ALDEANO 1.^o, ALDEANA 1.^a, y CORO DE LABRADORES y VILLANAS.

TODOS. ¡Vivan los novios! (Bajando á la escena.)
ALFONSO. (Dirigiéndose á la puerta con ánimo de abrirla.)
Entremos
en mi casa á descansar.
ALD. 1.^a Aquí podemos bailar
al aire libre...
BASTIAN. Bailemos.
Será por última vez.
Ya no dispongo de mí.
¡Chicos, me comprometí!

- BRITO. Por la boca muere el pez.
MENGA. ¿Por qué está, señor padrino,
tan huron?...
- ALFONSO. (Haciendo un esfuerzo.) Por vida mia,
que gozo en vuestra alegría.
- ALD. 1.º ¡Vaya una ronda de vino!
Ya nos pide un remojon
la lengua...
- BRITO. Sois unos cueros.
- ALD. 1.º ¡No brindamos, compañeros?
- NARCISA. Está muy puesto en razon.
-

MUSICA.

- CORO. Amigos, pase la bota
de mano en mano sin descansar,
que si en la ronda se agota
sobran bodegas en el lugar.
¡Á brindar!
¡Á beber!
¡Á cantar!
-
- NARCISA. (Abrazando á Menga, mientras los aldeanos llenan
los jarros.)
¡Hermana mia
del corazon!
recibe amante
mi bendicion.
Dénte los cielos
felicidad.
- MENGA. De eso se encarga
mi Sebastian.
-
- BASTIAN. ¡Á beber!
¡Á brindar!
- Todos. ¡Á beber!
¡Á cantar!
-
- BASTIAN. Cante primero el padrino.
CORO. Bastiancillo dice bien.

ALFONSO. Reparad...

CORO. Nadie repara.

¡Bomba, bomba! Diga pues.

ALFONSO. Puesto que estais decididos,
compañeros, brindaré.

Hoy que el pueblo celebra tus bodas
preciso es brindar,
y comienzo brindando por todas
las mozas gallardas que cuenta el lugar.
Un marido que os saque del susto
los cielos os den.

MUJERES. Un marido! qué gusto, ¡ay, qué gusto!

ALFONSO. Honrado y robusto,
que tenga buen genio y os trate muy bien.

TODOS. ¡Á beber! etc.

UNOS. ¡Brinde el novio!

OTROS. ¡Brinde el novio!

BASTIAN. ¡Méno ruido! No griteis.
Dadme vino, y como sepa,
ya que es fuerza, brindaré.

¡Ay muchachos! El zaque bien lleno
es fuerza apurar,
porque el pan de la boda, aunque bueno,
á tragos tan sólo se puede pasar.
Hoy me toca, mi amada costilla,
brindar por los dos.

HOMBRES. Tú nos llevas la flor de Castilla.

BASTIAN. ¡Menguilla, Menguilla,
Menguilla dél alma, ¡bendígate Dios!

TODOS. ¡Á beber! etc.

HABLADO.

ALD. 1.º ¡Vive Dios, que es mucho cuento!
Cómo alegra el moscatel.

BRITO. Eres, compadre, un tonel.

ALD. 1.º Pero con fondo, y lo siento.

ALD. 1.º ¡Qué estarán cuchicheando

los novios con tanto gusto?

BRITO. Vamos á darles un susto.
—¿Conque el Rey está cazando
otra vez por esta sierra?—

BASTIAN. ¡El Rey! (Asustado.)

BRITO. ¡Toma! ¿Quién lo duda?

BASTIAN. (Desconsolado.)
¡Ay Menga! Te quedas viuda.
No me darás mucha guerra.

MENGA. ¿Y eso dices? (Afligida.)

BASTIAN. La verdad:
cerca está mi último día.
Pensé que no volvería
por aquí su Majestad,
y dije: --Á vivir empiezo:
bien puedo casarme, sí.
Cuando no vuelven por mí
seguro tengo el pescuezo.—

NARCISA. Hombre! ¿que imagines tal?
Tus temores me dan risa.

BASTIAN. El cielo quiera, Narcisa,
que esto no concluya mal.
(Cambiando de tono.)
Pero en fin, ¡afuera miedos!

TODOS.. ¡Bien dicho!

BASTIAN. Pues os invito
á comer un cochifrito,
que os vais á chupar los dedos.

ALD. 1.^o ¡Ir desde aquí hasta el lugar!...

BRITO. ¡Anda, poltron! Si hay un paso..
Pues para apurar un vaso
poco te haces esperar.

BASTIAN. ¡En marcha, muchachos!

ALD. 1.^a (Contrariada.) Es
decir, que ya no bailamos.

BASTIAN. ¡Nadie me replique! ¡Vamos!
Tiempo tendremos despues.

ESCENA VI.

ALFONSO, deteniendo á NARCISA, que se dispone á seguir á los ALDEANOS.

ALFONSO. Oye, Narcisa!

NARCISA. ¿Qué quieres?

ALFONSO. Puesto que ha de ser el baile aquí, cuando todos vuelvan, justo será que prepares algunas truchas en salsa, y es bien que llenes los zaques de aquel vinillo de Rueda, que hace revivir la sangre.

NARCISA. Harélo así.

ALFONSO. (Cariñosamente.) ¿Qué te pasa, mi vida? ¿Por qué te abates? Enjuga, mujer, el llanto que oscurece tu semblante, y si algún pesar te asalta, dimelo: no me lo calles.

NARCISA. (Haciendo un esfuerzo.)
Pues ¿no ves que estoy alegre?

ALFONSO. No pretendas engañarme, que por más que disimules sientes que Menga se case.

NARCISA. Mi pesadumbre no oculto.
¿Cómo quieres que me aparte de mi hermana sin sentirlo?

ALFONSO. Es menester resignarse.
¿Acaso yo no la quiero?
¿Piensas que ha vivido en balde á mi lado? ¿No la miro con el cariño de un padre?
Yo también siento en el pecho algo que me escuece...

(Conmovido al ver que á Narcisa se le saltan las lágrimas.)

¡Dale!

¿De nuevo lloras, Narcisa?

¿Te has empeñado en matarme?

NARCISA. No llores tú!...

ALFONSO. (Enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano.)

Dices bien.

¡Vamos! soy un badulaque!
Pero cualquiera al oírnos
es posible que juzgase
que la llorábamos muerta,
no casada, y Dios mediante,
ni nos iremos del pueblo
ni ha de llevársela el aire.
¿Qué remedio? Si se casa
cumple con Dios y bien hace,
que no todos han nacido
para ser monjas y frailes.
Alégrate como puedas
y deja lágrimas y ayes.
Yo me voy, no se impacienten
los novios...

NARCISA. No te retrases.

ALFONSO. Con que echa por la ventana
la casa: en nada repares,
que hoy es día de beber,
de gozar y de alegrarse.

NARCISA. ¿Volvereis pronto?

ALFONSO. En seguida.

NARCISA. (Despidiéndole cariñosamente.)
Pues adiós, mi bien, no tardes.

ESCENA VII.

NARCISA.

MUSICA.

Vuelva la calma,
vuelva la vida
y vuelva al alma
la paz perdida.
Ninguna duda
debo abrigar.

El cariño los escuda
y los dos saben amar.

No dejen huella
en su alegría,
ni una querella,
ni una porfía.
Gocen del santo
tranquilo bien,
que convierte con su encanto
nuestra vida en un eden.

(Entra apresuradamente en la casa, y el Rey le sale al encuentro.)

ESCENA VIII.

NARCISA, EL REY.

NARCISA. ¡Ay! (Asustada.)

REY. No grites, serrana mía.

NARCISA. Lleno de angustia el corazón
os ve, señor, en este día
entrar aquí como un ladrón.
¿Qué me quereis?

REY. ¿No me conoces?

NARCISA. Siempre sumisa á vuestra ley,
no quiero, no, con tristes voces
pedir amparo contra el Rey.

REY. ¿Esto es decir que tu desvío
no se resiste á tanto amor?

NARCISA. Al defender el honor mio
salvar intento vuestro honor.

REY. Calma, Narcisa,
dudas y enojos;
tus claros ojos
vuelve hácia mí,
que si en mi empresa
no retrocedo,
es que no puedo
vivir sin tí.

NARCISA. Mi fe cristiana

valor me presta:
por senda opuesta
vamos los dos.
Nunca en la lucha
seré vencida.
Vuestra es mi vida,
mi honra de Dios.

HABLADO.

REY. ¡Cruel! no me martirices
con tantos desdenes...

NARCISA. Miro
por mi esposo.

REY. ¿Eso me dices?

NARCISA. En este humilde retiro
somos los dos tan felices...
Antes del alba, señor,
pone á los bueyes el yugo
y se marcha á la labor;
despues, cuando vuelve, enjugo
con mis besos su sudor.

Y él con amantes extremos
los brazos al cuello me echa;
trae apetito y comemos
el pan que en casa cocemos,
de nuestra propia cosecha.

No turba nuestra alegría
recelo, duda ó perfía,
y así vivimos los dos
con el cariño por guía
en la santa paz de Dios.

¿Y quereis que ingrata y fiera
turbe la paz de mi hogar,
tan pura, tan verdadera?
Moriría si lo hiciera
de vergüenza y de pesar.

¡Ay, no!

REY. (Dolorosamente afectado.) ¡Calla! Porque aviva
la pasión que me aprisiona
tu sencilla persuasiva.

¡Maldiga Dios mi corona
que de tanto bien me priva!
¡Oh placer nunca soñado!
¡Oh delicias verdaderas
de que jamás he gozado!
Ya que por rey no me quieras
quiéreme por desdichado.
No sabes tú qué agonía,
qué espantoso frenesí
despierta en el alma mía
esta vasta monarquía
hundiéndose sobre mí.
En mi loco desvarío
la mano tiendo hácia el mapa
que fija el imperio mio,
y el imperio se me escapa,
se me escapa... ¡y yo me río!
Pero con risa cruel
que el corazón me destroza,
llena de encono y de hiel...
y el pueblo dice: «¡El Rey goza!»
¡Que goza!... ¡Miserio de él!
(Reponiéndose por una brusca transición.)
Mas ¿quién piensa en los rigores
de mi fortuna tirana?
¡Ahogue el placer mis dolores!

NARCISA. Hágalo el cielo!...

REY. ¡Ay serrana!

No me niegues tus favores.

NARCISA. (Desolada.) ¡Dios mio! Tu apoyo dame.

(Óyense los primeros compases del primer coro de este acto y Narcisa expresa su viva alegría.)

¿Quién de su poder recela?

(Al Rey, que se acerca.)

Apartad! No hagais que llame!

REY. (Irritado.) ¿Quién contra mí?

NARCISA. (Con resolución.) Bastaráme
mi virtud!...

ESCENA IX.

DICHOS, el CONDE-DUQUE DE OLIVARES, JUAN DE SINGÜENZA y dos MONTEROS, que á una seña de Olivares se apoderan violentamente de Narcisa, la cual se desmaya en sus brazos. Los monteros escapan llevándosela.

OLIV. Pues á ella apela.

REY. ¿Qué haceis? (Sorprendido.)

NARCISA. (Con voz ahogada.) ¡Socorro!

OLIV. Marchemos;

huyamos pronto.—Ya vuelven los labradores

(Óyese el coro más cerca.)

REY. (Irritado.) ¿Qué es esto?

OLIV. Domar sus necios desdenes,
que resistencias villanas
sólo á la fuerza se vencen.
¡Vamos!

(El Conde-duque de Olivares se aleja apresuradamente, dando la vuelta á la casa del Alcalde. El Rey permanece inquieto y asombrado.)

(Salvé mi privanza
de hijo. ¡El Rey se divierte!)

ESCENA X.

EL REY en la casa de Alfonso, sobrecogido de estupor. Después el ALDEANO 1.º, que llega á tiempo de ver á los Monteros que huyen. Van acudiendo luego según indique la escena, ALFONSO, BASTIAN, MENGA, BRITO, LABRADORES y LABRADORAS.

REY. (Sorprendido, preparándose para huir.)

Accion temeraria es esta
que me agravia y me suspende.
¡Ya no hay remedio! Es preciso
no dar lugar á que lleguen.

(Al salir, ve al Aldeano 1.º, que se ha adelantado á los demás, y retrocede cerrando la puerta.)

ALD. 1.º (Mirando por donde han desaparecido el Conde-
duque y los Monteros. y gritando con todas sus
fuerzas.)

¡Favor, amigos!

REY. (Retrocediendo.) ¡Oh rabia!
No sé por donde... ¡Ya vienen!

ALD. 1.º (Á los demas que van llegando atropelladamente
y en tumulto.)

Acudid!

REY. (Busca azorado donde ocultarse y entra por la
puerta que conduce al huerto.)

Infunde el crimen

hondo espanto hasta en los reyes.

Confuso estoy...

ESCENA XI.

DICHOS, ménos EL REY.

ALD. 1.º Llegad todos
y escuchadme.

ALFONSO. (Receloso.) ¡Qué sucede?

ALD. 1.º Tres hombres van hácia el monte,
y han salido de tu albergue,
y una mujer desmayada
llevan en sus brazos...

ALFONSO. (Fuera de sí.) ¡Mientes!

(Entra en su casa, llamando á su mujer con voz
enronquecida. Siguenle en confusion varios villa-
nos que penetran con Alfonso en las habitaciones
interiores. Brito sólo se dirige hácia la huerta,
donde se ha refugiado el Rey. Los demas labra-
dores y las Aldeanas quedan en la escena, acom-
pañando á Menga, que está á punto de desmayar-
se. Esta escena y la siguiente caminarán á su ter-
minacion con la mayor rapidez posible.)

¡Narcisa, Narcisa!

MENGA. ¡Virgen!

de la Fuencisla, valedme!

¿Será mi hermana?...

BASTIAN. (Acercándose á Menga.) Mi bien,
no te asustes...

ALFONSO. (Saliendo desencajado y con las mayores muestras de desesperacion.)

¡Ay, crueles!

¡Me la han robado!...

MENGA. (Perdiendo el sentido en brazos de sus compañeras.)

¡Dios mio!

¡Y esto los cielos consienten?

(Bastian acude en su auxilio. Los aldeanos se dividen en dos grupos, el uno rodea á Menga y el otro á Alfonso.)

ESCENA XII.

DICHOS y BRITO, que sale aturdido y huyendo. Detrás el REY con el embozo hasta las cejas.

BRITO. (Señalando con terror la puerta por donde ha salido.)

¡Un hombre! ¡Allí!...

VARIOS. (Corriendo hácia la puerta.)

¡Si? ¡Á buscarle!

REY. (Presentándose con dignidad en el umbral de la puerta de la casa.)

No es menester.

ALFONSO. (Acometiéndole con el cuchillo de monte en la mano.)

¡Ladron, muere!

(El Rey, al esquivar el golpe que Alfonso le asesta, se descubre sin querer. Alfonso le reconoce y deja caer horrorizado el cuchillo.)

¡Ah!

REY. (Con dignidad.) Recobrad esa daga.

Herid.

TODOS. ¡Prendedle, prendedle!

BASTIAN. (Volviendo sorprendido del lado de Menga.)

¡Á quién?

BRITO. Á ese bandolero.

BASTIAN. ¡Bien! El cielo nos protege.

Este nos dirá...

UNOS. ¡Que muera!

OTROS. ¡Que muera!

(El Rey permanece inmóvil sin descubrirse. Cuando van á acometerle los villanos, Alfonso se interpone.)

ALFONSO. ¡Nadie se acerque!
La justicia le reclama.
¡Es mio!

BRITO. ¿No hay quien le cuelgue?
(Grandes murmullos.)

ALFONSO. ¡Silencio! Soy el alcalde.
Respondo de él.—Las mujeres
al pueblo...

MENGA. Pero ¿y mi hermana?

ALFONSO. ¿Quién replica? Obedecedme.
(Á un grupo de aldeanos.)
Acompañadlas vosotros.
(Las mujeres y los hombres á quienes se dirige,
se retiran lentamente en direccion del pueblo.)
Los demas, como lebreles
id á recorrer el monte.
¡Pronto, pronto!

BASTIAN. (Señalando al Rey.) ¿Y qué harás de ese?

ALFONSO. Lo que la justicia exija. (Asperamento.)
—Volad, que el tiempo se pierde.

BASTIAN. ¡Hum! Mucho temo... (Desconfiando.)

TODOS. (Marchando hácia el monte.)

Á la sierra,

ALFONSO. (Viéndolos partir.)
¡Por fin logro que se alejen!

ESCENA XIII.

ALFONSO, el REY. Ambos se contemplan brevemente en silencio.

ALFONSO. (Con voz reconcentrada.)
Idos, señor, libre estais,
que me cortara la mano
si os ofendiera.

REY. (Desembozándose.) Villano,
¿me conoces?

ALFONSO. (Con amargura.) ¿Lo dudais?
Á no haberos conocido

fuera vuestro fin sangriento.

REY. El rey soy.

ALFONSO. (Con ira mal reprimida.) Hace un momento no me lo habeis parecido.

REY. (Con altivez.) ¡Por Dios!

ALFONSO. ¿Cómo conocer
al Rey, que por justo pasa,
en quien asalta mi casa
y me roba la mujer?

REY. Deten la lengua atrevida,
que ofendes á tu señor.

ALFONSO. (Desesperado.)

Si me quitais el honor,
¿de qué me sirve la vida?
¿Qué puede haber para mí
sin mi esposa? Duelo y llanto.

Era mi dicha, mi encanto,
mi gloria... ¡y ya la perdí!
Ya no habrá, cuando cansado
vuelva al caer de la tarde,
quien á la puerta me aguarde
con amoroso cuidado.

Sólo dolores sombríos
me cercarán, sólo enojos.
Ya no veré más sus ojos,
que eran la luz de los míos.

¿Quién me podrá consolar
en este angustioso extremo?

(En un arranque de cólera.)

¡Idos! porque á veces temo
que quien sois llegue á olvidar.

REY. (Retirándose contrariado, ap.)

(Me avergüenza su dolor...)

ALFONSO. (Deteniéndole.) ¡Teleos!

REY. (Con serenidad.) Abridme paso.

ALFONSO. Estoy loco, no hagais caso
de mí. ¡Escuchadme, señor!
Mi injusta pena calmad...

REY. (Vacilando, ap.) (¡Oh! Con placer cedería.
Pero ¡en sus manos!... Sería
humillar la majestad.)

ALFONSO. Nunca para el bien es tarde:

- de vos mi ventura espero.
- REY. (Dudando.) ¡Si no es posible!... Más quiero ser tirano que cobarde.)
- ALFONSO. ¡Ay! volvedme mi mujer, si no pretendéis que muera. Ella es rústica y grosera y no os sabrá comprender. Es áspera en demasía, por más que el vulgo la alabe. Ella, señor, nada sabe... (Con delirio.) ¡sino ser la gloria mía!
- REY. Mi resolución sabrás cuando de aquí haya salido.
- ALFONSO. Si mi amor os ha ofendido la odiaré... ¡Puedo hacer más? Mas que vuelva, por favor, á mis brazos... ¡No! á mi casa! (Fuera de sí.) ¡Ay! el pecho se me abrasa y está ahogándome el dolor.
- REY. (Honda compasión excita en mí... ¡Dudo á mi pesar!... (Con ira.) ¡Por qué en vez de suplicar no me amenaza y me irrita? Si al fin me diese motivo...)
- ALFONSO. ¡Ay! vuestro rigor se ablande. Porque un rey para ser grande debe de ser compasivo. (Viendo que el Rey permanece silencioso.) ¡Nada os conmueve, por Dios? Esta es justicia? Esto es ley? (Fuera de sí.) ¡Por qué no he nacido rey?
- REY. ¡Calla!
- ALFONSO. (En son de amenaza.) ¡Ó por qué lo sois vos?
- REY. ¡Qué dices? Quien soy advierte.
- ALFONSO. Si hubiera querido, á manos de esos rudos aldeanos hallárais oscura muerte. Pero yo que os conocí detuve su embravecida furia... ¡Me debéis la vida!

- REY. ¿Es justo pagarme así?
(Con altivez.) Con defenderme has llenado
como vasallo un deber.
- ALFONSO. (Fuera de sí.)
Con quitarme la mujer
como rey habeis faltado.
- REY. ¡Basta! que fuera baldon
soportar tamaño ultraje.
Con tu soberbio lenguaje
has irritado al leon.
Yo te haré ver dónde alcanza
la justicia de mi fallo.
- ALFONSO. Pero ved...
- REY. (Marchándose.) ¡Atrás, vasallo!
¡Paso al Rey!
- ALFONSO. (Cayendo desplomado en el banco, colocado á la
entrada de la casa.)
¡No hay esperanza!

ESCENA XIV.

ALFONSO, solo.

MÚSICA.

¡Ay! en mi pecho late
con ira el corazon,
y en lágrimas estalla
mi fiera indignacion.
¿Así responde al mísero
clamor del alma herida?
¿Así trata á los súbditos
la Majestad?... ¡Mentira!
¡No es rey! La santa imágen
de Dios no puede ser...
Él en mi pena goza
y Dios nunca es cruel.

Y ella ¡Dios mio! Y ella
extenderá hácia mí
los suplicantes brazos

con loco frenesí.
Y palpitante y trémula,
llorando el bien perdido,
cual prisionera tórtola
recordará su nido.
Me llamará agitada,
y yo... ¡Señor, piedad!
¡Arráncame la vida
y no me hieras más!

(Vuelve á caer sollozando en el banco.)

ESCENA XV.

ALFONSO y CORO GENERAL.

Coro. (Acercándose lenta y tristemente.)

¡Ay qué pena!
¡Ay qué dolor
para el pobre
labrador!

Ya le roban del lugar
el sosiego de su hogar
y las prendas de su amor.

¡Ay qué pena,
ay qué dolor!

ESCENA XVI.

DICHOS, BASTIAN y los ALDEANOS, que vuelven de la sierra.

BASTIAN. (Agitado, corriendo hácia Alfonso.)

¡Alfonso!

ALFONSO. (Abalanzándose hácia él.)

¿Volveis sin ella?

¡Desventurado de mí!

BASTIAN. Tu negra y aciaga estrella,
Alfonso, lo quiere así.

—
A todo escape, suelta la brida,
por la montaña corriendo van.
Tu pobre esposa desvanecida

lleva en su brazo el más galán.
Pidiendo al cielo vigor y aliento
sigo anhelante tras del malsin;
hiero con roncós gritos el viento
y la fatiga me vence al fin.
Con mi impotente furor batallo:
fáltanme fuerzas para avanzar...
¡Mis bienes todos por un caballo
hubiese dado sin vacilar!

ALFONSO. ¡Es decir que te han burlado?

BASTIAN. (Con ira.)

¡Los ampara Belcebú!

(Reparando de pronto en la ausencia del Rey.)

Mas ¿y el otro?

ALFONSO. (Con afliccion.) ¡Se ha escapado!

BASTIAN. Se ha escapado? Y vives tú?

¿Y no tomaste venganza
del traidor infame, dí?

ALFONSO. (Abatido.)

¡Ay Bastian! ¡No hay esperanza!

¡No hay consuelo para mí!

CORO. El Rey es siempre justo
con los que opresos gimen.
Acógete al augusto
amparo de su ley.

BASTIAN. ¡Conozca el Rey el crimen!

Lleguemos hasta el Rey.

CORO. ¡Sí, sí! Conozca el crimen.

Lleguemos hasta el Rey.

ALFONSO. El duro desengaño
vendrá terrible y frío
á acrecentar mi daño
de mi deshonra en pos.

CORO. Contra el raptor impío
clamad al Rey los dos.

BASTIAN. Yo en el monarca fio.

ALFONSO. (Con la más profunda desesperacion.)

¡Fiar en él!... ¡Yo en Dios!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una habitación en la quinta Real de Ríofrío, decorada con alguna suntuosidad, con cuadros y trofeos de caza, etc. Puerta en el fondo, dos á la izquierda del espectador. Á la derecha en primer término una ventana y en segundo otra puerta.

ESCENA PRIMERA.

JUAN DE SIGÜENZA, MONTEROS.

MÚSICA.

CORO.

El Duque siente
crecer la yerba,
y es tan prudente
como advertido,
pues ha cogido
la mejor cierva,
que ha producido
monte español.
No es mala caza
¡viven los cielos!
una rapaza
de las más bellas,
con dos ojuelos
que son centellas
é inspiran celos
al mismo sol.

- UNOS. (Señalando hácia la primera puerta de la izquierda.)
Aquí guarda el favorito,
y el decirlo es cosa grave,
una moza sin igual.
- OTROS. Miraremos despacito
por el ojo de la llave
caza tan original.
- TODOS. ¡Chito! chito! Si se sabe
es posible que esto acabe
mal, muy mal, muy mal, muy mal.
(Agrúpanse á la puerta con visibles muestras de
impaciente curiosidad.)

ESCENA II.

DICHOS, CONDE-DUQUE DE OLIVARES.

HABLADO

- OLIV. (Sorprendiendo al coro, y con tono altivo.)
¡Vive Dios!... Salid, monteros,
y sin mi expreso mandato
ninguno á volver se atreva.
(Deteniendo á Juan de Sigüenza.)
Juan de Sigüenza, quedáos.

ESCENA III.

CONDE-DUQUE, JUAN DE SIGÜENZA.

- JUAN. Señor...
- OLIV. ¿Visteis á Narcisa?
- JUAN. Cumpliendo con vuestro encargo
á verla entré, hablé con ella,
que estaba deshecha en llanto.
Y fingiéndome movido
á piedad, y hasta indignado,
pude vencer sus recelos
y calmar su sobresalto.

OLIV. ¿Qué la dijísteis?

JUAN. Mostréme
dispuesto á prestarla amparo,
á favorecer su fuga
sin reparar en obstáculos.
Y como siempre está pronto
el corazón desdichado
á entregarse á la esperanza
y á someterse al engaño,
dió crédito á mis promesas
y no me costó trabajo
el persuadirla....

OLIV. (Impaciente.) Y entónces...

JUAN. Entónces, señor, forjando
planes y arbitrando medios
para salir del mal paso,
díjela que el Rey estaba
resuelto y determinado
á proseguir en su empeño
hasta conseguir el lauro;
que desdeñado y herido
iba á descargar el rayo
de su cólera en Alfonso,
á quien andaban buscando
para prenderle...

OLIV. ¿Y qué dijo
al saber?...

JUAN. En su arretrato
lloró, menóse el cabello
y dió rienda á su quebranto.
—Venza la astucia á la fuerza,
la dije entónces;—mostráos
con el Rey ménos huraña
hasta escapar de sus manos.
No deis pábulo á sus iras,
si no quereis que en un rapto
de celos, en vuestro esposo
vengue su amor despreciado.

OLIV. ¿Y aceptó vuestros consejos?
¿Cedió al fin?

JUAN. Como un agraviado
oyó la propuesta mia;

- resistióse, pero al cabo
por salvar á su marido
del enojo soberano,
pareció prestarse á todo.
- OLIV. Si finge amor, os declaro
maestro en ardidés...
- JUAN. Gracias,
señor. No merezco tanto.
- OLIV. Pues bien; seguid en la empresa
y yo me ofrezco á premiaros
como es debido. Decidla
que pronto, muy pronto, acaso
hoy mismo, pueda evadirse|
y evitar mayores daños.
Que pues es discreta, escuche
al rey don Felipe cuarto,
si no obligada y rendida
con la sonrisa en los labios;
que entre el amor y el desden
tiene su ingenio ancho campo
donde mostrar su agudeza
sin mengua de su recato.
Y si otra vez resistiese,
instad, mentid, no hagais caso
de lágrimas ni de ruegos.
- JUAN. Pero...
(Marchándose por la primera puerta izquierda,
que abre y cierra con llave.)
- OLIV. (Con severidad.) Cumplid lo que os mando.

ESCENA IV.

CONDE-DUQUE DE OLIVARES.

¡Oh! que ponga buen semblante
al Rey, hasta que á palacio
pueda llevarla, y afirmo
mi poder amenazado.
Deslumbraránla en la córte
las galas y el régio fausto,
y habrá de ceder por fuerza
si no cediese de grado.

¿Cómo pensar que quedára
el Rey entre los villanos
á sus ultrajes expuesto?
¡Miedo me da el recordarlo!
Mas si logro que Narcisa
caiga rendida en sus brazos,
el éxito de la empresa
me servirá de descargo.
Iré á hablarle, á convencerle,
á decirle que es amado...
¿Por qué vacilo? ¡Adelante!
y que me proteja el diablo.
(Permanece sola la escena por algunos momentos. Preludio.)

ESCENA V.

ALFONSO, desencajado, BASTIAN, conteniéndole.

BASTIAN. ¿Adónde vas? Detente!

ALFONSO. Nadie atajarme en mi camino intente.
Ni oigo consejos ni respeto nada.

BASTIAN. Gracias á que el anillo
que te dió el Rey nos franqueó la entrada,
porque de otra manera ..

ALFONSO. Es muy sencilla.
Paso me hubiera abierto mi cuchillo.

BASTIAN. ¿Estás loco?

ALFONSO. ¡Ay Bastian! eso es muy poco.

¡Loco!... ¿Qué es estar loco?

No sentir, no pensar, y yo en mí siento
rebelde el pensamiento
rugir airado como hambrienta fiera.

¡Pluguiera á Dios, pluguiera
que se apagase la conciencia mia!
Méno pensára y méno sentiría.

BASTIAN. Alfonso, vuelve en tí...

ALFONSO. No lo deseo.

Sí á veces imagino que la veo
presa en lascivos lazos,
tender á mí los amorosos brazos;
mirarme con aquellos

ojos claros y bellos,
donde nunca el engaño encontró abrigo;
pedirme amparo, de luchar cansada,
con voz tan desolada
como el hondo dolor que va conmigo.
¡Ella tan pura y bella,
luz de mi vida, de mi hogar estrella,
expuesta á los antojos
de adúlteros amores!... ¡Y aún respiro!
La tierra, y el espacio, y cuanto miro
toma color de sangre ante mis ojos.

BASTIAN. Calma tu exaltacion, tus penas calma.

ALFONSO. (Fuera de sí.)

Pues arráncame el alma
y bórrame el recuerdo,
si no he de lamentar el bien que pierdo.

BASTIAN. Laméntate en buen hora,
y desfoga tu pecho acongojado,
Alfonso, y grita y llora...

ALFONSO. ¡Ay! Las lágrimas mías se han secado.
Y si gritar pudiera en mi infinito
dolor, en mi profundo desconsuelo,
mi grito ronco, mi angustiado grito
rompería la bóveda del cielo.

BASTIAN. ¿Conoces al raptor?

ALFONSO. Sí.

BASTIAN. ¿Le conoces
y te estás arma al brazo?
Dime quién es y le deshago á coces,
ó de un cachiporrazo
le quiebro por mitad el espinazo.
Dime quién es...

ALFONSO. No puedo.

BASTIAN. ¡Qué dices, infeliz! ¿Le tendrás miedo?

ALFONSO. ¡Miedo! Si no mirára
quién eres, por mi nombre
que la atrevida lengua te sacára.
¿Pues acaso me asusta ningun hombre?
No me preguntes más.

BASTIAN. (Insistiendo) ¿Quién te comprende;
Aparecido ó duende
tu ofensor debe ser...

ALFONSO. Ya me importunas!

¡Es quien es!

BASTIAN. (Confundido.) Pues me dejas en ayunas.
Es quien es... Por las señas no adivino.
Yo también soy quien soy, y mi pollino
es quien es...

ALFONSO. ¡Vive Dios! Las burlas deja.

BASTIAN. Parece que el diablo te aconseja.

ALFONSO. ¡Ó morir ó matar! No hay más camino.

BASTIAN. ¡Matar! (Con resolución.)

ALFONSO. ¡Morir quizás! (Con decaimiento.)

BASTIAN. ¡Qué desatino!

ALFONSO. Si Dios no lo remedia
ha de espantar al mundo mi tragedia.
¡Por mi hijo te lo juro! (Sobresáltado.)

BASTIAN. (Con espanto.) ¡Qué has jurado?

ALFONSO. Esta memoria me desgarrá el pecho.
Para ser desgraciado,
hijo del corazón ¿qué mal has hecho?
¡Ay, mi dulce alegría!
Ay ángel de mi hogar, tal vez mañana
huérfano te verá la luz del día.
—¡Pero huérfano, no!—Si la tirana
suerte, implacable y fiera
de nuestra triste vida dispusiera,
¿verdad que tú?...

BASTIAN. (Enternecido.) ¡Por compasión, no sigas!

ALFONSO. ¡Oh, nunca le abandones! Te lo pido.
Y cuando al fin consigas
verle mozo y crecido,
háblale del amor que le he tenido,
dile... ¡no, no le digas
lo infortunado que su padre ha sido!

BASTIAN. (Afectado.) ¿Ves? con esos extremos
ambos acabaremos
por perder la razón y no hacer nada.
Tú sabes que encerrada
tienen aquí á Narcisa; pero ¿en dónde
el vil raptor la esconde?
¿Cómo podremos rastrear su huella?
Vamos á ver al Rey, que es lo seguro.

ALFONSO. (Furioso.) ¡Al Rey!... Tus labios sella.

BASTIAN. Por Dios que estás oscuro
como noche de truenos.
¿Pues no es el Rey amparo de los buenos?
¿Cómo ha de consentir que desmandados
monteros ó soldados,
conviertan esta casa,
donde las horas de descanso pasa,
en cueva de ladrones?

ALFONSO. Sólo fio
mi causa en Dios y en el esfuerzo mio,
y aunque humilde vasallo
nada del Rey ni de los suyos quiero.

BASTIAN. Pues ¿cómo harás?...

ALFONSO. (Resuelto.) Ó la recobro ó muero.
(Óyese ruido en la primera puerta de la izquierda.)

BASTIAN. ¿Oyes? (Llamando la atención de Alfonso.)

ALFONSO. Escucha y calla.

BASTIAN. Escucho y callo. |

ESCENA VI.

DICHOS y JUAN DE SIGÜENZA, saliendo lentamente de la habitación y sacando la llave de la cerradura por la parte interior de la puerta. Alfonso y Bastian se apartan á un lado para no ser vistos, y espian con la más violenta agitación todos los movimientos de Juan de Sigüenza.

JUAN. (Sin verlos, preparándose á cerrar la puerta por fuera, vuelto de espaldas á Alfonso y Bastian.)
Al cabo de Narcisca
pude vencer la voluntad remisa.
¡Y qué bien para el caso me ha servido
el riesgo imaginado del marido!

ALFONSO. ¿No ves? ¡Cierra con llave!

BASTIAN. ¡Tu mujer está allí! (Con íntima convicción.)

ALFONSO. (Con energía.) ¡Qué duda cabe!

JUAN. (Después de haber cerrado guarda la llave, se vuelve, y al reparar en Alfonso y Bastian, da muestras evidentes de su sorpresa y su terror.)
Cuando conozca el yerro
tarde será...

ALFONSO. (Fuera de sí.) ¡Mi cólera despierta!

JUAN. ¡Qué miro!...

ALFONSO. (Avanzando con aire determinado.)

¡Abre esa puerta

ó mueres á mis manos como un perro!

JUAN. Favor, favor al rey!

BASTIAN. (Acercándose por el otro lado con la daga desenvainada.)

¡Silencio! ¡Voto

al diablo! Un grito más y te acogoto.

ALFONSO. En ese cuarto á mi Narcisa guardas
contra todo derecho.

JUAN. Ved que os equivocais! (Lleno de espanto.)

ALFONSO. (Con tono amenazador.) Mira que tardas
en abrir.

BASTIAN. (En el mismo tono.)

Mira que te rasgo el pecho.

Sacarme lograrás de mis casillas,
y como enseñe el lobo las orejas...

JUAN. ¡Ay, ay!

ALFONSO. (Sorprendido.) ¿De qué te quejas?

BASTIAN. Es que con el puñal le hago cosquillas.

JUAN. (Abriendo la puerta.)

Cedo á la fuerza...

ALFONSO. Bueno, pero cede.

(Quiere lanzarse en busca de su mujer, pero la
emocion le domina y se detiene, apoyándose para
no caer, en el quicio de la puerta.)

¡Ay Narcisa, ay mi bien!

ESCENA VII.

DICHOS y NARCISA, preeipitándose en los brazos de su
marido, llorando,

NARCISA. ¡Alfonso mio!

BASTIAN. (Mirándolos con enternecimiento.)

¡Tonto de mí! que á un tiempo lloro y rio.

JUAN. (Marchándose apresuradamente.)

¿Quién resistirlos puede?

Mas el duque sabrá lo que sucede.

ESCENA VIII.

ALFONSO y NARCISA, abrazados, BASTIAN.

MÚSICA.

- ALFONSO. Por fin te encuentro,
dulce amor mio.
¡Si tú supieras
lo que he sufrido!
- NARCISA. ¡Pues por ventura
con hondos gritos
mis propias penas
no me lo han dicho?
-
- ALFONSO. Déjanos, Bastian amigo,
por favor, déjanos solos.
- BASTIAN. ¡Imposible! No me marchó,
que este sitio es peligroso.
- NARCISA. (Inquieta)
Es expuesto el que te vean...
- ALFONSO. ¡Qué me importa?
- NARCISA. Huye, mi Alfonso.
- ALFONSO. (Con recelo.)
Yo alejarme... (¡Y ella misma
me suplica...)
- NARCISA. (Empujándole con visibles inquietud.)
¡Pronto, pronto!
-
- ALFONSO. ¡Negros recelos míos.
no me mateis!
¡Ella tan casta y buena...
¡No puede ser!
Y sin embargo, ansía
verme partir...
¡Honra, vamos despacio,
que hay riesgo aquí!
- NARCISA. Si el Rey le sorprendiera,
miseró de él!
¡Quién resiste la sorda

furia del Rey?
Á toda costa quiero
verle partir.
Si me falta su apoyo,
¡pobre de mí!
BASTIAN. ¡Cómo me marchó?... ¡Zape!
¡No puede ser!
¡Y si Alfonso en la danza
pierde la piel?
Sin que los dos me sigan
no he de salir.
No es de fiar la gente
que hay por aquí.

ALFONSO. (Á Bastian.)
No más extremos:
vete por Dios,
que no quedemos
presos los dos.

BASTIAN. Si esa es tu idea
me marcharé;
pero la aldea
revolveré.

NARCISA. El torpe lazo
romped los dos.

BASTIAN. Dadme un abrazo,
(Abrazándolos enternecido.)
y adios. (Á Narcisa.) Adios.

NARCISA. Triste y cautiva
quieren que viva.
No puedo el pérfido
yugo romper.

ALFONSO. La suerte ingrata
tan mal me trata,
que siento el ánimo
desfallecer.

BASTIAN. ¡Nada! No cejo:
llamo á concejo.
¡Menudo escándalo
voy á mover!

ESCENA IX.

ALFONSO, NARCISA.

HABLADO.

NARCISA. ¡Huye!

ALFONSO. Temo y desconfío.

Invade mis miembros frío
sudor y el pesar me oprime.

Dime, desdichada, dime

¿qué has hecho del honor mio?

Á la vil sospecha cedo.

¿Viste al monarca? ¿Te habló?

Responde quedo, muy quedo...

NARCISA. Te juro...

ALFONSO. ¡Si tengo miedo
hasta de oírtelo yo!

NARCISA. Aún no le he visto...

ALFONSO. (Receloso.) Indecisa
contestas...

NARCISA. ¿Dudas de mí?

ALFONSO. No sé qué decir, Narcisa.

¿Cómo explicar esa prisa
porque me marche de aquí?

NARCISA. ¿Recelas? Esto es matarme.

Todo mi valor desmaya.

ALFONSO. ¿Qué razones podrás darme?

Ese empeño en que me vaya,
ese afán por alejarme.

esa incesante porfía
con que agraviándome estás...

NARCISA. ¿Será desdicha la mía?

Quien consolarme debía
es quien me atormenta más.

Si con instancia te pido
que huyas, si me asusta el verte,
es, mi bien, porque he sabido
que el Rey, en su orgullo herido,
está resuelto á prenderte.

ALFONSO. ¡Y no á matarme? No espero

tanta fortuna.

NARCISA. Un montero
avisóme compasivo...

ALFONSO. Pero ¿por ventura vivo?
¡Si esta es vida, no la quiero!

NARCISA. Mitiga el rudo quebranto
y el afán que te devora.
Veré al Rey...

ALFONSO. ¡Me das espanto!

NARCISA. Nada temas. ¡Puede tanto
una mujer cuando llora!
Le confesaré transida
de dolor, que eres mi vida,
y cuando trémula y yerta
me mire á sus piés rendida...

ALFONSO. (Furioso.) ¿Tú á sus piés? ¡Primero muerta!
¿Tú, suplicante y llorosa?
¿Tú, casta y honrada esposa
expuesta al torpe capricho
de un monstruo?... ¡Tú, tan hermosa!..
¿Qué has dicho, mujer, qué has dicho?
¡Malhaya, amen, mi fortuna!

NARCISA. ¿No habrá esperanza ninguna?
¡Callas! Arrugas el ceño?...
¿Todas las perdiste?

ALFONSO. (Con aire sombrío.) Hay una.

NARCISA. Cuál es? (Impaciente.)

ALFONSO. (Desencajado.) ¡Si parece un sueño!

NARCISA. No prolongúes mi agonía.
Dí por Dios!...

ALFONSO. (Con enternecimiento.) Soy tu marido.
Mando en tí...

NARCISA. ¿Pues quiéa podría
dudarlo?

ALFONSO. (Desolado.) ¡Ay, Narcisa mia!
en hora aciaga has nacido.

NARCISA. ¿Qué no haré yo por tu amor?
El camino que me traces
seguiré. Dame, señor,
tus brazos...

ALFONSO. (Apartándose con terror.)
¡No, no me abracés,

que me faltará el valor!

NARCISA. (Sorprendida.)

¿Puede haber mayor tormento?

¿Huyes de mí?

ALFONSO.

¿Pues acaso

sé yo mismo lo que siento?

(Alejándose apresuradamente de Narcisa y mirando por la ventana con aire sombrío.)

¿Qué celaje tan sangriento

alumbra el sol en su ocaso!

¿Do quier que mi vista alcanza

fuego y sangre nada más!

Todo respira venganza...

ESCENA X.

DICHOS, el REY.

NARCISA. (Corriendo á refugiarse en los brazos de Alfonso.)

¡El Rey!

ALFONSO. (Con desesperacion.) ¡Adios, esperanza!

(Desenvaina su daga y dice amenazando con ella á Narcisa.)

¡Atrás, señor Rey, atrás!

REY. ¡Tente! (Espantado.)

ALFONSO. La suerte está echada.

Contra vos no puedo nada;

pero esta mujer es mia.

Seguid en vuestra porfía

y doila una puñalada.

REY. (Alterado y avanzando.)

¿Qué vas á hacer, insensato?

¿Así atropellas la ley

y desoyes mi mandato?

ALFONSO. (Con resolucion.) Un paso más y la mato.

ESCENA XI.

DICHOS, el CONDE-DUQUE, que llega con algunos monteros por detrás de Alfonso y le sujeta cuando se dispone á herir á Narcisa. Durante esta lucha, que debe ser breve, otros monteros se apoderan de Narcisa, apenas vuelta en sí, y la ocultan precipitadamente en la habitacion de donde salió ántes. Momento de confusion en la escena.

OLIV. (Sujetando á Alfonso.)
¡Detente! (Gritando.) ¡Favor al Rey!

MÚSICA.

CORO DE MONTEROS. (Cercando amenazadores á Alfonso.)

¡Traicion! En su mano
brilla fatal
contra el soberano
fiero puñal.

UNOS. ¡Muera, muera
ese traidor!

OTROS. No tengamos
compasion.

TODOS. ¡Mirad! en su mano
brilla fatal
contra el soberrno
fiero puñal.

HABLADO.

OLIV. Vuestro furor moderad. (Á los Monteros.)
Llevadle.

JUAN. ¡Quién á este exceso
pudo arrastrarte?

ALFONSO. (Sujeto por algunos Monteros.) ¡Quién? Eso
lo dirá su Majestad.

REY. No le toqueis. (Con energia.)

JUAN. (Á otro Montero.) ¡De esa suerte
trata el Rey?...

REY. Todo lo olvido.

ALFONSO. (Desesperado.)

Mirad, señor, que no pido
el perdón, sino la muerte.

JUAN. ¿Y hemos de soltarle?

REY.

Sí!

ALFONSO. (Fuera de sí.)

Vida infamada no quiero.

(Con enérgico arrebató.)

No gracia, justicia espero.

REY.

(Severamente.)

¿Y contra quién?

ALFONSO. (Adelantándose.) Contra mí.

Alcalde soy del lugar

vecino; torpe y menguado

ni la ley he respetado,

ni la he sabido guardar.

Vos me dijísteis: sed justo,

porque, si bien se repara,

el que deshonra esa vara

deshonra mi cetro augustó.

Yo la he deshonrado.

REY.

(Sorprendido.)

¿Hay tal?

OLIV.

(Á Alfonso.)

¡Infeliz! ¿qué estás diciendo?

ALFONSO.

Rompíla favoreciendo

la fuga de un criminal.

REY.

¿Qué hizo? (Gravemente.)

ALFONSO.

Robó una mujer.

¡La mia!

OLIV.

(Ap.)

(¿Hay mayor audacia!)

ALFONSO.

Castigo pido y no gracia:

no cumplí con mi deber.

El respeto me venció.

OLIV.

(Al Rey.)

(¡Oh! reprimid su osadía.)

REY.

(Con altivez.)

Sabré reprimir la mia:

la vuestra... ¡La suya, no!

OLIV.

Si os he ofendido...

REY.

Mirad

en que trance me poneis.

En Madrid conocereis

mi inflexible voluntad.
Es cierto: te faltó el brío.
Tu deber desconociste.
Mas si con él no cumpliste,
yo cumpliré con el mio.
En la selva rescaté
tu dulce prenda querida.

(Abriendo la puerta donde está Narcisa y llamándola.)

Salid!

ALFONSO. (Con efusion.) ¡Me volveis la vida!

REY ¡Honrada y pura! (Con intencion.)

ALFONSO. (Con vehemencia.) ¡Lo sé!

ESCENA XII.

DICHOS y NARCISA, que se arroja sollozando en brazos de Alfonso.

NARCISA. ¡Dónde habrá placer que exceda al mio!

REY. (Á Alfonso.) Vuelvo á la córte.

Y el criminal no te importe,
que bien castigado queda.

(El Rey se marcha seguido de su comitiva, y Alfonso y Narcisa se abrazan con efusion.)

MÚSICA.

LOS DOS. ¡Oh dulce prenda mia,
de amor celeste sueño,
encanto y alegría
de nuestro honrado hogar.
Por más que nos acecha
con ruin y torvo ceño,
no logra la sospecha
en nuestra casa entrar.

FIN DE LA ZARZUELA.

